seo por desgracia una pluma tan flexible y delicada para no lastimar la sensibilidad del sexo á que me dirijo. Hay, por fortuna, gran mayoría de mujeres que no han dado ni permitirán que sus hijas y demas subordinadas dén en la detestable extravagancia que hoy critico: y en cuanto á las que la tienen, debo asegurar que confío en que la docilidad de muchas de ellas hará que desde mañana, ó más tardecito, empiecen á lavarse la cara; y si por una desgracia, así no lo hicieren, me precisarán á que más tarde vuelva á ocuparme más largamente del asunto; y quién sabe en qué términos será entónces! bien se ve que no será traspasando los límites de la decencia, ni descendiendo á la personalidad; pero será.... yo no sé como será.

ULPIANO GONZALEZ.

EL LAZARINO.

RELACION HISTORICA.

En una de las poblaciones de Antioquia habia un elefanciaco de no humilde sangre, pero sí de una pobreza y desamparo sumos. Mientras que la enfermedad recorria sus primeros períodos, el enfermo pasaba sus penosos dias y horribles noches en hogares agenos, pero hospitalarios. Cuando los síntomas del último período comenzaron á manifestarse, la sociedad comenzó tambien á evitar todo contacto con el enfermo. Si este infeliz hasta entónces habia extinguido en sus ojos los raudales de la amargura, al verse rechazado por la sociedad, sus lágrimas eran ya de sangre. La idea de la soledad es espantosa, especialmente para morir.

La felicidad es imposible en el aislamiento. El Sér Eterno no fué sólo ántes de la creacion; porque en la unidad del Sér estaba la Trinidad de las personas.

Cuando nuestro pobre enfermo comprendió que sus últimos dolorosos dias tendria que pasarlos abrazado de la soledad, sintió que su razon queria tambien alejarse de él.

El fantasma infernal del suicidio se presentó sonriendo á su trastornada imaginacion, y le mostró en el sepulcro los engañosos umbrales del perpetuo descanso.

Una lucha terrible se trabó en torno de su abatida razon, entre el Angel custodio del hombre y el Angel de las tinieblas.

Todos los dolores físicos y morales, capitaneados por la desesperacion, vinieron en auxilio del segundo. La Vírgen María vino á reforzar al primero y salvó á su *devoto*. Las ideas de desesperacion y de suicidio fueron reemplazadas por las de resignacion á la voluntad de Dios.

Una mujer libre, modesta y virtuosa se le presentó y le dijo: "Dios ha querido que usted acabe su vida en el monte, léjos de la humanidad. Alabe su soberana voluntad, yo no puedo acompañarlo á la soledad, porque el mundo siempre juzga por lo que siente en su corrompido corazon; pero hay un medio de salvar este inconveniente: recíbame por esposa, y bendecida nuestra union por el cielo, iremos juntos á morir bajo su pabellon en las grutas de los bosques; yo aliviaré sus dolores; á la luz del sol, como al resplandor de las estrellas, mis ojos buscarán á Dios que se pasea en las maravillas de la creacion, y le mostraré nuestra situacion; un rayo de su mirada misericordiosa caerá sobre nuestros corazones y dulcificará la hiel que en ellos se haya conjelado.

"En vez de la voz humana, tendremos el concierto de la naturaleza. El canto de las aves, el ruido de los raudales y las melodías de los vientos son muy superiores á las forzadas modulaciones de los hombres y á las notas acompasadas de sus instrumentos.

"El enfermo oia, llorando, abrazando y besando aquella mano, generosa hasta el heroismo."

Pocos dias despues recibieron la bendicion nupcial, sin que nadie, excepto el sacerdote, supiera la causa de aquella *extravagante locura*, que así fué calificada por el mundo la accion de esa sublime mujer.

Hechos los preparativos necesarios, se trasladaron los dos esposos solos á una montaña lejana. Allí construyeron una choza con sus propias manos, y se consagraron á una vida directamente en relacion con el cielo.

Las oraciones que se levantan del tumulto del mundo, suben mezcladas, aunque no confundidas, al trono de Dios, con las imprecaciones del delincuente y con las blasfemias del impío. La plegaria del solitario asciende perfumada por el aroma de la selva, purificada por las aguas vírgenes de la montaña y cantada

por los trinos armoniosos de la naturaleza que no ha ofendido á Dios.

La pareja solitaria se ocupaba en la oracion, la lectura, la preparacion de su alimento y el aseo de sus vestidos.

Dos efigies habian llevado consigo, una de Jesus Nazareno, otra de su purísima Madre.

Una corteza de árbol, cubierta de musgo y llena de frescas flores del bosque, servia de altar. A nadie veian, con excepcion del buen sacerdote que de tiempo en tiempo iba á visitarlos y á llevarles los consuelos de la religion.

Tambien veian de léjos y frecuentemente á una piadosa mujer que les llevaba á un punto cercano las limosnas de que vivian.

El enfermo tocaba ya al término de su vida. Su esposa lo asistia y consolaba dia y noche con amabilidad de ángel.

El buen sacerdote lo confesó y le anunció para el dia siguiente la llevada del viático.

A la mañana siguiente todas las flores del desierto, las hojas amarillas de los árboles, los musgos y las enredaderas silvestres cubrieron aquel suelo inculto, que iba á ser santificado con la presencia de Jesucristo y la muerte de un cristiano. Apénas comenzaban los rayos del sol á derramarse por los valles como una lava de oro, cuando el Creador de la naturaleza, conducido por un hombre, penetró en aquellas soledades. La hostia inmaculada se presentó á servir de compañero en el viaje de la eternidad á aquel hombre de dolores. Divino Rafael, venia á conducir á Tobías, no á los valles de la Média, al traves de las ondas del Tígris, sino á los atrios de la inmortalidad, por las ondas lóbregas y amargas de la muerte.

Esta no parecia estar aún cercana. El sacerdote no podia abandonar la grey que cuidaba, y ofreció volver al siguiente dia. Cuando la estrella de la mañana derramó su luz sobre la cumbre de la montaña, el enfermo espiró en medio de las imágenes de Jesus y de María y en presencia de su esposa.

Al volver el sacerdote al dia siguiente, encontró un cadáver sobre unas palmas de helechos, y una mujer arrodillada á su lado orando fervorosamente.

En una colina inmediata sepultaron el cadáver, y plantaron encima una cruz.

La mujer guardó las dos imágenes, se arrodilló sobre el sepulcro, arrancó de su pecho una gran voz de dolor, y dijo: adios, esposo mio! hasta el valle de Josafat! Y marchó con el sacerdote.

JOSE DE LA CRUZ RESTREPO.